

**Homenaje cruzado** Houellebecq prologa este libro de un colega a quien también ha hecho aparecer como personaje en su 'El mapa y el territorio'

# Sutil Beigbeder

**Frédéric Beigbeder**  
Una novela francesa / Una novela francesa  
Prólogo de Michel Houellebecq.  
Traducción al castellano de Francesc Rovira y al catalán de Maria Llopis i Freixas

ANAGRAMA / AMSTERDAM  
213 / 174 PÁGINAS  
18,50 EUROS

**R.S.** De no haber acabado justamente de leer *El mapa y el territorio*, de Michel Houellebecq, que comento en esta misma doble página y donde se explica que Frédéric Beigbeder (Neuilly-sur-Seine, 1965) es presentado como criatura de ficción; y si el libro de Beigbeder *Una novela francesa* (*Un roman français*, 2009) no apareciera precisamente con un prólogo sensato y ecuánime de Houellebecq coincidiendo ambas traducciones en el arranque de la nueva temporada literaria, confieso que no me hubiera pasado por la cabeza relacionar las dos novelas ni a sus autores. ¡Son tan distintos! Como digo, el novelón de Houellebecq impresiona por su ambición radial y hondura. Su amigo Beigbeder ha escrito una obra ("la mayor cualidad de este libro –estima el prologuista– es, sin ninguna duda, su honestidad") visceral, muy francesa, desenfadada e insolente como suele ser habitual en el personaje, que corre el riesgo de ser injustamente tachada de banal. Cuando si se lee con la debida atención, podrá interesar o convencer más o menos, pero banal seguro que no es.

¿Recuerdan a Beigbeder, aquel brillante creativo publicitario que de pronto conquistó el éxito con 13,99 euros? Para muchos era un tipo inteligente, frívolo y glamoroso, producto de la alta burguesía parisina emparentado con la vieja nobleza francesa. Pues bien, en la madrugada del 28 de enero del 2008 sucedió que Beigbeder y un amigo suyo de francachela fueron sorprendidos esnifando cocaína sobre el capó de un coche y llevados a la comisaría del Distrito VIII. Durante las cuarenta y ocho horas que pasó de una mazmorra a otra hasta

que el malvado fiscal de París, Jean-Claude Marin, decretó por fin su libertad, en el ánimo maltrecho del famoso escritor se produjeron dos mutaciones capitales: recuperó la memoria de su infancia deliberadamente olvidada, y abrió los ojos de la conciencia a las miserias del gobierno de Francia y de la administración de justicia. Eso en tanto que su hermano mayor se disponía a recibir la Legión de Honor de manos del presidente de la República.

He aquí *Una novela francesa*, es decir, un vómito de bilis en el que se mezclan los recuerdos de un hijo de padres divorciados, y la visión crítica de la sociedad francesa por parte de un ciudadano con evidente complejo de superioridad que, de repente, descubre la acidez que corroee su estómago y la suelta

**Recuperó la memoria de su infancia deliberadamente olvidada, y abrió los ojos de la conciencia**

sin miramientos. Eso sí, intemperancias aparte, el conjunto es un buen retrato personal y de época. Y, sin duda, las mejores páginas –también lo señala Houellebecq– son las dedicadas a la pequeña Chloë, asimismo hija de padres divorciados, cuando en la playa de Cénitz (País Vasco francés) le enseña a practicar el arte de las cabriñas como lo había hecho treinta y seis años antes su abuelo Pierre de Chasteigner. Es un cuadro melancólico, intemporal, en el que Frédéric Beigbeder logra lo que quizás se había propuesto desde la primera línea: inspirar ternura. |



Frédéric Beigbeder en el 2008

JORDI ROVIRALTA